

completamente lo que pasaba al rededor de ellos (1), lo mismo que la gran masa del pueblo. Acaso no habrían adquirido importancia estos trabajos subterráneos sin la cooperacion del elemento militar, compuesto de gran número de oficiales en activo servicio y de no menos de diez y ocho mil oficiales excedentes, que estaban sin colocar y á medio sueldo. Estos, recordando el tiempo del imperio é irritados de verse reducidos á la inaccion y mirados con desconfianza no disimulada por la derecha, eran enemigos de los Borbones y consideraban toda sublevacion para su expulsion como un acto de defensa natural. En su consecuencia organizaron un levantamiento general que debía empezar en Paris y ser seguido inmediatamente por los departamentos. Alma y jefe de la conspiracion era un comandante llamado Mazien, y sus agentes mas activos el capitán Nantil y el comandante Fabvier, edecán del duque de Ragusa. La direccion de la izquierda protegía la empresa, y Lafayette estaba encargado de formar, en caso de buen éxito, un gobierno provisional. La noche antes de la destinada para el movimiento insurreccional supo el gobierno lo que se tramaba y tuvo tiempo de impedir con medidas enérgicas la revolucion.

Esta conspiracion perjudicó á todo el partido liberal en gran manera, porque hizo apartar de él á todos los hombres pacíficos, enemigos de revoluciones brutales; pero en tan crítica situacion la izquierda encontró un auxiliar poderoso con el cual nadie habia contado, á saber, el bonapartismo, que resucitó súbitamente con la muerte de Napoleon, ocurrida en 5 de mayo de 1821, en la isla de Santa Elena.

Esta noticia conmovió profundamente á todo el mundo, á partidarios y adversarios del difunto sin distincion, porque un coloso semejante no pasa por la escena del mundo sin dejar profundísima é indeleble huella, aunque los móviles que le impulsaron no brillasen por su pureza. Los gabinetes todos respiraron como si se viesen libres de una pesadilla. El emperador Francisco, deseoso de hacer perder hasta la memoria del nombre de Napoleon y del titulo de *rey de Roma*, llevó su precaucion hasta prohibir que se llamara á su nieto, el único hijo de Napoleon, de otra manera que el *príncipe Federico Carlos* (2); le tuvo bajo su vigilancia personal y le destinó bienes en Bohemia, de los cuales tomó el titulo de duque de Reichstadt. Richelieu hasta habia propuesto, aunque en vano, que se le hiciese entrar en la carrera eclesiástica.

Napoleon I, el Napoleon de carne y hueso habia muerto, y esto dió tanta seguridad al gobierno francés que Richelieu amnistió á bonapartistas tan principales como Bertrand, Lavalette y otros, pero de la tumba de Santa Elena resucitó otro Napoleon, el Napoleon ideal, el legendario y el popular que del verdadero solo habia conservado el aspecto físico. El fin trágico de aquel carácter poderoso impresionó las imaginaciones y prestó un nuevo y mágico sonido al nombre de Napoleon. Su individualidad, con los recuerdos gloriosos del imperio, vivía en el pueblo en medio de las contiendas de los partidos políticos, contiendas que no estaban tan al alcance de todo el mundo como las hazañas napoleónicas, que en la reciente invencion del arte litográfico encontraron entonces un poderoso medio de propaganda. Multiplicóse en cantidad increíble la representacion de los grandes hechos de las armas francesas, y la comparacion involuntaria con las tristes pequeñeces de aquel tiempo aumentó el despecho y el dolor

(1) Véase: *Memorias de Guisot*, tomo I, pág. 238.

(2) Sus nombres eran Napoleon, Francisco, José, Carlos, duque de Reichstadt, con categoría inmediata despues de los príncipes de la casa de Austria.

de la gran masa de la nacion (3). Nació, pues, toda una literatura napoleónica que alimentaba estos sentimientos, empezando por un titulado *Manuscrito* venido de la isla de Santa Elena, atribuido al mismo ex-emperador, pero cuyo autor era un tal Chateauvieux. Esta obra, que prescindía en absoluto de la verdad histórica, fué la base de una glorificación metódica y sistemática del difunto César, el cual de déspota odiado que fué en vida, resucitó trasformado en genio pacífico y liberal que solo habia hecho las guerras para contestar á las perfidias de sus enemigos, y que si por el momento sacrificó la libertad á los grandes intereses de la Francia, se habia reservado restablecerla sobre una base mas ancha y mas sólida tan luego como las circunstancias lo permitiesen. A consecuencia de este culto, el Napoleon ideal y legendario expulsó mas adelante á los Borbones de Francia, como el César Augusto de la antigüedad habia derribado la república romana.

Trasformado así el tirano imperial, pudo realizarse la alianza del bonapartismo con el liberalismo á pesar de su incompatibilidad intrínseca, union que tuvo su principio ya en el segundo imperio de los cien días y que produjo en la época de que hablamos la monstruosa demagogia napoleónica. El lazo comun entre el partido liberal y el elemento popular revolucionario y antilegitimista que habia conducido al imperio, personificado en la figura del difunto dictador del mundo, hijo de un abogado de Córcega, fué el odio que ambos partidos tenían á los Borbones. Por supuesto que cada uno de estos dos partidos se servía del otro para sus fines particulares, pero á pesar de esto efectuóse paso á paso en muchos liberales, especialmente en el partido de los independientes, una conversion mayor ó menor hacia el culto napoleónico, principalmente por los artículos del periódico de Benjamin Constant, *Minerva*. Este culto se manifestó pública y francamente, con todo su ardor poético é inextinguible, en la oda á la columna de Vendome por Victor Hugo.

Uno de los que mas contribuyeron á la fusion de todos estos elementos heterogéneos en una sola oposicion antiborbónica fué Lafitte, que desde la posicion humilde de hijo de un carpintero se habia elevado hasta ser el banquero mas acaudalado de Paris. Deseoso de popularidad y poseido de vanidad, habia rechazado todas las tentativas hechas por la corte para atraerse á persona tan poderosa, porque no quiso hacer un papel secundario entre tanta nobleza antigua, prefiriendo ser el primero en la clase media, á cuyo fin se hizo protector de los literatos y de todos los descontentos políticos.

Entretanto se fué empeorando la situacion del ministerio Richelieu, y cuando en 27 de julio de 1821 dimitieron Villèle y Corbière, cansados de los ataques incesantes de sus propios correligionarios, quedó completamente aislado é inerme contra la izquierda y la derecha, que le hostilizaban y odiaban á porfía. Al mismo tiempo, el rey, antes tan protector de Richelieu, se fué volviendo de dia en dia mas apático, con intervalos de energía cada vez mas raros. Dominaba entonces en el corazon del anciano monarca la condesa de Cayla, á la cual regaló la magnífica hacienda de Saint-Omer y que intrigaba en union con el partido clerical contra el duque de Richelieu. En esta situacion vinieron las elecciones del año 1821, que dieron una mayoría realista y clerical tan grande que los hombres de la derecha creyeron venido el

(3)

*On parlera de sa gloire**Sous le chaume bien longtemps,**L'humble toit, dans cinquante ans,**Ne connaîtra pas d'autre histoire.*Beranger, *Les souvenirs du peuple.*

tiempo de apoderarse del gobierno de una vez. La izquierda cometió la falta imperdonable de coaligarse con la derecha en la contestación al discurso de la corona, para acusar al ministerio de haber comprado la paz á costa del honor nacional. La prudencia mas elemental, dijo Guizot, debería haber aconsejado á la izquierda apoyar á un ministerio que colocado entre los dos partidos extremos se inclinaba mas del lado de la libertad que del ultramontanismo y que para sostenerse necesitaba el auxilio de los liberales. Este voto abrió los ojos á Richelieu, el cual en seguida se presentó al conde de Artois para recordarle su promesa de dos años antes, sin la cual jamás se habría vuelto á encargar del gobierno. El príncipe le dijo con la mayor serenidad: «Querido

duque, V. ha tomado mis palabras demasiado literalmente, y además... ¡la situación era entonces tan difícil!...» Richelieu no pudo proferir una palabra, miró estupefacto al príncipe, luego le volvió la espalda, salió cerrando tras sí la puerta con un fuerte golpe y corrió á comunicar su cruel desengaño á su amigo y colega Pasquier, gritando: «¡No cumple su palabra! ¡palabra de noble!» Cuando despues participó al rey el resultado de su conferencia, le contestó Luis XVIII: «¡Qué quiere usted! Artois ha conspirado contra Luis XVI, despues contra mí y finalmente conspirará contra sí mismo.» El 2 de diciembre de 1821 presentó Richelieu, por segunda vez, su dimisión. despues de haber trabajado seis años inútilmente para conducir á sus correligionarios á una política



Villèle

racional superior al mezquino espíritu de partido, pero sin la energía y el talento indispensables para separarse de ellos desde el momento en que conoció la imposibilidad de dirigirlos.

Fué reemplazado el ministerio Richelieu por otro francamente reaccionario, si bien su presidente, Villèle, no participaba en absoluto de todas las intenciones y pasiones de la derecha. Sus compañeros principales eran Corbière, ministro del Interior, Montmorency, que lo era del Exterior, y el ministro de Justicia Peyronnet. El rey escribió á su amigo íntimo Decazes: «Al fin se lleva la victoria Villèle, pero le creo bastante racional para no dejarse arrastrar por su partido á todas las locuras que se le ocurran. Yo, por mi parte, me eclipso por el momento. Me someto á las consecuencias del gobierno constitucional, pero no hasta el punto de jugar mi corona, que estoy resuelto á defender si á mi hermano se le antojase comprometerla.»

Apenas había alcanzado la reacción la tan deseada victoria cuando también reoblabaron su actividad las sociedades secretas. La carbonaria, que había tenido su origen en Francia y había sido despues importada de Nápoles por dos fran-

ceses, miembros de la otra sociedad secreta de los Amigos de la Verdad (1), ganó muchos adeptos, particularmente entre la generación joven, y además entre muchos conspiradores antiguos, como Lafayette, que fué presidente de la logia suprema y que atrajo á la sociedad á muchos amigos suyos. Con los carbonarios se refundió otra sociedad secreta, la de los Caballeros de la Libertad. El objeto de todos era la expulsión de los Borbones, y el medio, efectuar el levantamiento simultáneamente en tres puntos extremos y distantes entre sí, en Saumur, Belfort y Marsella. Pero como tantas veces sucede, estrellóse este plan contra algun obstáculo imprevisto. Los conspiradores no por eso se desanimaron, y en tres años hicieron nada menos que ocho tentativas, de las cuales solamente una llegó á un principio de ejecución, á saber, la del general Berton, en 1822, en Thouars, cerca de Saumur. Esta tentativa tampoco fué feliz, porque el general cayó en manos de la policía con otros conspiradores. Habiendo conseguido la policía atraer á los conspiradores de Colmar á un lazo que les tenía preparado, descubrió algunos hilos de la

(1) Véase Holde, *Histoire des sociétés secrètes*, cap. II.

trama, y aunque no había pruebas respecto de los jefes, el fiscal de Poitiers creyó poder denunciar como participantes en la conspiración á cinco diputados, entre ellos á Lafayette, Constant y Lafitte, lo cual suscitó en la cámara una tempestad por parte de la izquierda. La derecha no retrocedió y pidió un escarmiento duro, que fué en efecto aplicado. En el espacio de dos semanas hubo nueve ejecuciones capitales, pero los patíbulo en que entonces murieron el general Berton y sus cómplices fueron los últimos que en Francia se han levantado por delitos políticos, porque la opinión pública se pronunció contra este abuso de la fuerza, y Guizot dió entonces á luz su escrito sobre la pena de muerte en materia política. De las últimas víctimas ninguna era inocente, pero á pesar de esto, produjo su ejecución una honda impresión en el país en extremo desfavorable á la institución monárquica. Lo que acabó de indignar hasta á las personas mas pacíficas y benévolas fué la torpeza del gobierno en hacer ejecutar á cuatro sargentos de la Rochela el día del cumpleaños de la princesa real mas joven, día que celebró la corte con ruidosas fiestas, que dieron lugar al siguiente dístico callejero:

*Louis sait se donner deux plaisirs en un jour,
On égorge à la Grève et l'on danse à la cour.*

Todo esto dió ánimo á los ultra-realistas para aumentar sus exigencias. El proyecto de ley de imprenta presentado por el ministerio, severísimo ya por sí, fué reforzado en sentido mas despótico todavía, aboliendo el jurado y encargando la vista de las causas á los tribunales comunes, que en estas materias fallaban sin apelación, con lo cual quedó sometida la prensa á la arbitrariedad de los jueces reales.

La violencia que reinaba en los debates de la cámara había hecho necesario un reglamento excesivamente severo pero que resultó también impotente, y la exacerbación llegó á un extremo lamentable, porque lo pasado era para todos los partidos una herida siempre abierta y dolorosísima que al menor roce provocaba gritos de rabia. La derecha acusaba á los oradores de la izquierda de cómplices en las últimas conspiraciones, y Manuel excitó la ira ciega de los realistas recordando desde la tribuna, con su espantosa sangre fría, que los Borbones á su vuelta á Francia habían sido recibidos por la nación con repugnancia manifiesta. La enemistad y el odio lo exageraban todo; cada partido acusaba al otro de alimentar los proyectos mas negros, y Villèle cedía á la presión de la derecha mucho mas que sus predecesores, con lo cual exacerbaba los ánimos en lugar de tranquilizar á los amigos del orden. La parcialidad en los juicios y fallos de los delitos de imprenta era lo que irritaba mas, porque mientras la prensa liberal luchaba penosamente por su existencia, agobiada por penas impuestas á granel y por frecuentes supresiones y anulaciones de permisos, la prensa realista y ultramontana podía permitirse todas las injurias contra sus adversarios, como la de llamar un periódico á los hombres que componían la minoría de la cámara *des forçats libérés ou liberaux* (presidarios puestos en libertad, ó liberales).

Como en 1815, distinguióse también esta vez el gobierno de los ultra-reaccionarios por los favores con que colmó al clero. La dignidad de gran maestre de la universidad, abolida desde la caída de Napoleon, fué restablecida con atribuciones mas latas y conferida á Frayssinous, obispo de Hermopolis, ministro de Culto y clero, capellan del rey y persona docta, piadosa y de opiniones moderadas; pero siempre era una injusticia que en un país en que estaba garantida por la constitución la completa libertad de cultos, un sacerdote, y sacerdote de la religión del Estado, fuese el encargado de la dirección del departamento del Culto y

clero, y de la Instrucción pública. No tardó Frayssinous en verse, efectivamente, molestado por pretensiones que no pudo menos de satisfacer, á despecho de sus ideas moderadas. Tuvo que dar respecto de la universidad disposiciones severísimas para contentar el exclusivismo invasor de los ultramontanos y de los reaccionarios; muchos catedráticos que no eran del gusto de estos dos partidos, fueron eliminados del cuerpo docente; la clase de Guizot sobre la historia moderna, fué suspendida, como había sucedido ya el año antes á Víctor Cousin con su clase de filosofía; Silvestre de Sazy perdió su puesto en el consejo de instrucción y fué reemplazado por un clérigo. Los teatros fueron sometidos á la censura mas rigurosa; en los tribunales se cercenó el derecho de la defensa y por lo mismo las atribuciones de los procuradores y abogados, y finalmente, se dejó campo libre á la propaganda católica, sin reparar en los medios que empleaba. Y con todo esto y á pesar de muchas otras disposiciones y actos de este género, los ultra-reaccionarios acusaban al ministerio de no levantar bastante en alto la bandera de la monarquía absoluta, siendo Chateaubriand uno de los que mas gritaban, porque siempre y en todas las posiciones se sentía postergado. Para hacerle callar se le nombró embajador en Londres, en el puesto de Decazes, que fué exonerado por demasiado liberal.

CAPITULO V

EL CONGRESO DE VERONA Y LA INTERVENCION ARMADA EN ESPAÑA

Esta lucha sañuda de partidos que tenía á la nación francesa en continua agitación, estaba en gran parte influida por los sucesos del otro lado de los Pirineos. Los liberales franceses, al ver cuán fácil había sido el triunfo de los liberales españoles, conservaban siempre viva la esperanza de triunfar también en su país; mientras los reaccionarios franceses se horripilaban al ver vilipendiado el trono y la anarquía triunfante en España, todo por efecto de la dominación del partido liberal, no dudando que idénticas abominaciones se repetirían en Francia si el partido liberal de su país llegara á medrar y á empuñar las riendas del gobierno. A fin de que esto no sucediera, les parecía de toda necesidad, especialmente despues del mal éxito del golpe de Estado intentado por Fernando VII, que las armas francesas acabasen de una vez con el gobierno liberal de Madrid. El mismo ministerio apenas ocultó sus simpatías por el partido reaccionario español, á cuyos individuos, emigrados en Francia, dejó amplia libertad para organizarse, conspirar contra el gobierno liberal de su país y mantener con sus correligionarios en España las relaciones mas latas. Un cordón militar que estableció el ministerio francés en la frontera pirenaica con el pretexto de preservar á la Francia de la fiebre amarilla, que decían asolaba la España, sirvió en realidad para facilitar la contra-revolución en la península; y tanto era así que en la misma frontera fué capturado un convoy de armas y municiones enviado á los insurgentes realistas españoles por el ministro de la Guerra Montmorency y el director de policía Franchet, con gran escándalo de los liberales de ambos países. A pesar de esto, rehuía Villèle todavía acudir oficial y públicamente al socorro de Fernando VII, pero el facilísimo éxito de la intervención austriaca en Nápoles era un aliciente poderoso para repetir el mismo experimento en España.

A principios del año 1822 participó el rey de Nápoles á los soberanos de Francia, Austria y Rusia que su sobrino el rey de España le había encargado, confidencialmente, de pedir la intervención de los citados monarcas para que le